

Juan Ramón Santos

El síndrome de Diógenes

XXXIX PREMIO DE NARRACIÓN CORTA FELIPE TRIGO

f)L Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta narración corta fue galardonada con el XXXIX Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Susana Martín Gijón, Ana Alcaide Salas, Raúl Aguado, María Victoria Pineda González, Diego González, Rui Díaz Correia, Jordi Juan Martínez e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: noviembre, 2020

© Juan Ramón Santos, 2020
© Fundación José Manuel Lara, 2020
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1795-2020
ISBN: 978-84-17453-59-6

Printed in Spain-Impreso en España

«¿Has oído cómo hablaba? Era una voz de animal».

FRANZ KAFKA
La metamorfosis

Cierta vez Alejandro se presentó junto a él y le intimidó: «Yo soy Alejandro, el Gran Rey». «Y yo –contestó aquel– soy Diógenes, el perro». Preguntándose por qué se le llamaba *perro*, su respuesta fue: «Meneo la cola a los que me dan algo, ladro a los que no me dan y muerdo a los malvados».

DIÓGENES LAERCIO
*Sobre las vidas, opiniones y sentencias
de los filósofos más ilustres*

De lo que de aquí adelante me sucediere, avisaré a
Vuestra Merced.

ANÓNIMO
*La vida de Lazarillo de Tormes
y de sus fortunas y adversidades*

Todo comenzó el día que me dio por ladrarle a la Bulldog, aunque la verdad es que ni la señora se llamaba Bulldog ni mi reacción fue tan súbita como pudiera parecer así contado, pues la cosa venía de antes. En realidad llevaba algún tiempo sintiendo el impulso, casi la necesidad –desde luego absurda– de ladrar a las señoras. Seamos justos: no a todas las señoras. Tan solo a esas señoras menudas, recogidas, de armas tomar, que tanta fatiga suelen dar al peluquero, que nunca están contentas con el corte o el peinado y no tienen reparo en cantarle las cuarenta delante de la clientela, a esas que se cuelan en la pescadería sin que se les pueda decir nada, porque siempre andan con prisa y responden con muy malos modos, a esas que, en definitiva, tan nocivas resultan para el resto de la humanidad y a las que siempre he considerado, por su aura negra, por su actitud beligerante, por su lengua venenosa, como uno de los seres más peligrosos de la creación. Lo que no sabría decir es cuándo comencé a sentir ese secreto impulso ni por qué. Supongo que al principio no fue más que una tontería, como tantas otras que se me ocurren a veces, una especie de broma personal e intransferible

que entiendo que solo a mí puede hacerme gracia. Imagino que se me vendría a la mente al ver aparecer por la calle a alguna de esas señoras tan ridículas, que suelen caminar sujetando el bolso como si alguien, por ejemplo yo, fuera a robárselo. Lo que no alcanzo a comprender es la razón por la que su presencia me llevó al borde del ladrido, las secretas conexiones que se pusieron en marcha para que mi cerebro albergase de repente intención tan perruna. Lo que sí sé es que desde entonces, cada vez que me cruzaba con una mujer de aquellas, fantaseaba con la idea de arrancarme a acosarla, feroz, con mis ladridos. Me divertía imaginando lo que haría la señora de turno ante tan súbita agresión, si gritaría, si se escudaría detrás de su ridículo bolso, si trataría, indignada, de golpearme con él –«¡Gamberro, gamberro!», gritaría– o si pediría auxilio llamando a los guardias, posibilidades que me resultaban, todas ellas, igual de seductoras. Sin embargo nunca llegué a hacerlo, y no puedo decir que me reprimiera para impedirlo. Lo que sucedía es que ni siquiera dejaba germinar ese impulso, dócil como todavía era a la educación y a las buenas costumbres. Mi razón, sin más, abortaba el plan desde su origen, por más que el deseo fuera cada vez más imperioso, sobre todo cuando me las encontraba solas en algún rincón poco frecuentado, en lugares discretos en los que el efecto, y el susto, podían llegar a ser mortales. Eso hasta que me crucé aquella mañana a la Bulldog.

Por entonces ella estaba recién jubilada después de haber trabajado durante décadas en la comisaría, en la oficina en la que se tramitan el pasaporte y el carné de identidad, donde siempre había destacado por su mal carácter, por la forma despreciable y prepotente en que trataba al público. De hecho, en los últimos meses había tenido que ir dos veces a su despacho, primero para renovar el carné y

luego para que mi hijo se sacase el pasaporte, y en las dos había sufrido su proverbial furia burocrática, su indiscutible cara de perro: los ojos profundos, el ceño abultado, los carrillos vencidos, la boca severa y recta, la mandíbula que, un poco prominente, desplazaba hacia adelante al hablar una hilera amarillenta y mínima de dientes retorcidos. Lo que no sabría decir es qué habría sido antes, si el rostro o el apodo, si la configuración perruna era de nacimiento, si la traía ya consigo el día, ya lejano y no sabemos si feliz, que llegó a la oficina, haciéndola merecedora del mote –que en ese caso habría resultado cruel, y quién sabe si no habría sido también el desencadenante de su actitud–, o si lo que traía de serie era su naturaleza iracunda, dando lugar a un mote al que el rostro se habría ido acomodando con el paso de los años.

En cualquier caso, fueran cuales fueran las circunstancias, lo indudable era que el parecido se había ido acentuando con el tiempo, más aún –diría yo– en las pocas semanas que habían transcurrido desde su jubilación, y que cuando me la encontré aquella mañana en la parte más recóndita de la ciudad vieja, paseando, como yo, a deshora, aferrada, como todas las de su especie, a su bolso, altiva y ya enojada a pesar de ser tan temprano, parecía más bulldog que nunca, y si insisto en ello es porque estoy convencido de que fue ese, y no el que, fiel a su costumbre, me lanzase al verme una mirada preñada de desconfianza y de desprecio, el verdadero detonante de lo que sucedió después, de que fue su ruda y rotunda cara de perro la que acabó por desatar esa mañana mis instintos más animales.

Pero vayamos con los hechos. Todavía no había acabado de cruzarse conmigo en la plazuela, todavía no había apartado de mí su mirada cruel y prepotente de funcionaria de carrera, cuando me puse a ladrar como el más fiero de los

canes, con lo que me pareció –por cierto– entonces un inusitado grado de perfección, por la intensidad, la cadencia y el timbre de los ladridos, ladridos graves, atronadores, de mastín o de pitbull, que lanzaba, además, con la más apabullante de las calmas, sin arrojarme encima de mi presa, avanzando amenazante, con paso firme, rodeándola, cortándole el paso, bloqueándola, y el resultado fue mejor de lo esperado, porque la Bulldog, de la que en principio hubiera esperado una respuesta más serena y agresiva –insultos, bolsazos, bofetadas–, después de un fugaz momento de sorpresa, abrió los ojos como nunca los debía de haber abierto en su vida y, dando un desgarrado grito de terror, se dio la vuelta y echó a correr por una estrecha callejuela, entre palacios y caserones vacíos por los que la persiguieron, todavía cerca de un minuto, primero mis pasos depredadores, luego mis insistentes, voraces ladridos, amplificados hasta lo monstruoso al rebotar en los muros.

Lo que siguió fue una vasta sensación de euforia, casi de plenitud, acompañada de un fuerte ataque de risa, con carcajadas inmensas, monumentales, que alteraban la quietud del casco antiguo y que me dejaron, al terminar, la mar de relajado. Durante un buen rato deambulé sin prisa ni sentido, feliz de la vida, por la ciudad, que, desierta y adormilada, se preparaba para el vocinglero asalto cotidiano de los turistas. No acabo de saber cuánto tiempo transcurrió. Solo sé que las campanadas del reloj del Ayuntamiento me hicieron caer en la cuenta de que eran las nueve y de que hacía ya más de media hora que tenía que estar en el instituto. En ese momento naufragó toda mi dicha y el gozo se transformó en horror, no tanto por la previsible bronca de la jefa de estudios –que siempre podía evitar o amortiguar con cualquier excusa– como por lo que mi salvaje e injustificado ataque canino podía traer consigo. La visión del rostro despavorido

de la Bulldog y la de su feo cuerpecillo tambaleándose a la carrera por las callejuelas del centro, que tanta risa y placer me habían provocado hasta hacía poco, se convirtieron de golpe en motivos de temor y de vergüenza, pues la suponía, a esas mismas horas, con la tensión por las nubes, atendida por los servicios de urgencia antes de tratar de reconstruir, entre hipidos y lágrimas, consolada por sus antiguos compañeros de trabajo, los detalles de tan gamberro asalto matinal, y me imaginaba que sería, en unas pocas horas, detenido en mitad de una clase, delante de mis alumnos, y que saldría luego esposado del centro con la cabeza agachada, con la vista puesta en los adoquines, incapaz de soportar la mirada estupefacta de mis compañeros.

Pero lo hecho, hecho estaba, y no había nada que pudiera hacer para remediarlo. Por eso, arrepentido y resignado, me dirigí al instituto, ganando por el camino un poco de entereza. Al llegar entré directamente en clase, relevé al compañero de guardia y me disculpé luego, en el recreo, ante la jefa de estudios alegando una indisposición repentina que me había cogido en la calle sin móvil y sin posibilidad, por tanto, de avisar al centro, excusa de la que en ningún momento dudó, siendo como yo era un compañero serio y puntual al que jamás había tenido que llamar la atención. Es más, insistió en que me tomara el resto del día libre y en que acudiera al médico, pero yo la tranquilicé diciéndole que me encontraba mucho mejor, que no veía la necesidad. Le di las gracias y seguí después dando mis clases con una suerte de melancólica serenidad, con la seguridad de que aquellas eran mis últimas horas de docencia, tratando de transmitir a mis alumnos, en cada frase, la mayor dosis de sabiduría posible, de introducir siquiera un rayo de luz en sus adormiladas cabezas, aguardando a que sonaran los fatales, inevitables golpes que anunciarían la llegada de la Policía.

Pero no sucedió. Nadie llamó a la puerta ni interrumpió la clase, ni aquel día ni los siguientes, debido a que, como tiempo después supe, la Bulldog no llegó a interponer denuncia alguna. Además, aunque lo hubiese hecho, los agentes tampoco habrían podido localizarme y detenerme como yo imaginaba, pues ninguna seña hubiera podido darles la mujer de su misterioso y gamberro asaltante. Lo sé porque tan solo un par de días después, y a pesar de que, temeroso y arrepentido, apenas salía de casa, me la vine a encontrar en el lugar más inesperado, al volver una esquina, de sopetón, sin tiempo para ocultarme o para volver el rostro, sobre el que volvió a clavar su pertinaz mirada de desprecio sin llegar por ello a reconocerme, ni como el canino atacante de dos días atrás, ni como profesor del instituto –en una ciudad, como Pomares, pequeña y anodina, en la que un profesor de bachillerato es lo más parecido a una celebridad– y mucho menos como usuario, pues se daba la paradoja de que la Bulldog, que cada día, durante más de treinta años, había estado trabajando con nombres y con fotos, no se quedaba con rostro o con nombre alguno, reducidos todos nosotros, sus hasta hacía poco administrados, a la mera y anónima condición de números, los del carné, el pasaporte o el documento de extranjería, meras cifras en las señales de turno que, al caer sobre su mesa, iban revelando, en sucesión creciente, la llegada del ansiado momento de volver a casa, bendita incapacidad esta, la de fijar un rostro o un nombre en el recuerdo, que me libró quizá entonces del castigo, pero también del bochorno de verme puesto en evidencia ante mis compañeros, ante mis alumnos, ante mi hijo.